Una lectura cristológica de la doctrina del pecado original

Paul O'CALLAGHAN

Una lectura cristológica de la doctrina del pecado original

A Christological Reading of the Doctrine on Original Sin

RECIBIDO: 20 DE FEBRERO DE 2014 / ACEPTADO: 20 DE MARZO DE 2014

Paul O'Callaghan
Facoltà di Teologia. Pontificia Università della Santa Croce Roma. Italia
callaghan@pusc.it

Resumen: La teología de la redención es la clave para comprender la teología del pecado original. Éste es el punto de partida de este artículo, que se propone realizar una lectura de la doctrina del pe-cado original a la luz de la obra de la salvación rea-lizada por Cristo. La vida, muerte y Resurrección de Jesucristo iluminan de tal modo el misterio del mal y del pecado que, bajo su luz, es posible compren-der aspectos importantes de la tentación y el pri-mer pecado de Adán, de sus efectos en los prime-ros hombres y de su transmisión al resto de la humanidad.

Palabras clave: Pecado original, Cristología, Antropología teológica.

Abstract: The theology of redemption is the key to the theology of original sin. That's the starting point of this article, which is aimed at a reading of the doctrine on original sin in the light of Christ's saving work. His life, death and resurrection shed light on the mystery of evil and sin in such a way that allows an understanding of important aspects of Adam's temptation and first sin, of its effects on the first human beings and its transmission to the rest of humanity.

Keywords: Original Sin, Christology, Theological Anthropology.

El pecado original constituye una separación de Dios, porque Cristo nos ha reconciliado con Dios (A. Trapè)

1. Planteando la doctrina del pecado original desde la cristología

La cuestión del pecado original se impone, hasta por razones empíricas. G. K. Chesterton escribió, un poco irónicamente, que «algunos nuevos teólogos niegan el pecado original, que es la única parte de la teología cristiana que puede de verdad ser probada»[1]. Reinhold Niebuhr muchas veces señalaba la misma idea[2]. Y según el filósofo Max Horkheimer, siguiendo una intuición de Schopenhauer, «la doctrina más grandiosa de las dos religiones, la hebrea y la cristiana, es la del pecado original. Esta doctrina ha determina-do hasta ahora la historia y todavía la determina para los que de verdad pien-san. Esta doctrina es posible solamente con el presupuesto de que el hombre ha sido creado por Dios y dotado de libre voluntad. La primera cosa que el hombre hizo fue cometer este gran pecado en el paraíso, y es sobre esta base que toda la historia de la humanidad necesita de una explicación teológica»[3].

En la solemnidad de la Inmaculada Concepción de María del 2008, el papa Benedicto XVI pronunció las siguientes palabras:

> Por desgracia, la existencia de lo que la Iglesia llama «pecado origi-nal» es de una evidencia aplastante: basta mirar nuestro entorno y sobre todo dentro de nosotros mismos. En efecto, la experiencia del mal es tan consistente, que se impone por sí misma y suscita en nosotros la pregun-ta: ¿de dónde procede? Especialmente para un creyente, el interrogante es aún más profundo: si Dios, que es Bondad absoluta, lo ha creado todo, ¿de dónde viene el mal? Las primeras páginas de la Biblia (Gn 1–3) res-ponden precisamente a esta pregunta fundamental, que interpela a cada

[1] «Certain new theologians dispute original sin, which is the only part of Christian theology which can really be proved», Chesterton, G. K., *Orthodoxy*, London: The Bodley Head, 1908, 11.

[2] Posiblemente en R. Niebuhr estaba pensando Barack Obama cuando en una conferencia en la Universidad de Notre Dame del 17-V-2009 dijo: «Una parte del problema [que encontramos en el mundo] está en las imperfecciones del hombre, en nuestra mezquindad, en nuestro orgullo, en nuestra obstinación, en nuestra avidez, en nuestras inseguridades, en nuestros egoísmos: todas nuestras crueldades grandes y pequeñas que la tradición cristiana entiende que son radicadas en el pecado original».

[3] Cfr. Horkheimer, M., *La nostalgia del totalmente Altro*, Brescia: Queriniana, 1972, 78.

> generación humana, con el relato de la creación y de la caída de nuestros primeros padres: Dios creó todo para que exista; en particular, creó al hombre a su propia imagen; no creó la muerte, sino que ésta entró en el mundo por envidia del diablo (cfr. Sb 1,13-14; 2,23-24), el cual, rebelán-dose contra Dios, engañó también a los hombres, induciéndolos a la re-belión. Es el drama de la libertad, que Dios acepta hasta el fondo por amor, pero prometiendo que habrá un hijo de mujer que aplastará la ca-beza de la antigua serpiente (Gn 3,15)[4].

Se trata de una insistencia particular del Papa Benedicto, pues en la audiencia de la semana anterior el Papa había explicado el mismo tema de un modo más detallado. El 3 de diciembre de ese mismo año, en efecto, el Papa habló de las relaciones entre Adán y Cristo, tal como las explica san Pablo en la carta a los Romanos (5,12-31). Es cierto que los elementos fundamentales del pecado del origen se encuentren materialmente en Gn 3. Pero como todos sabemos, se trata de un texto notoriamente difícil de interpretar. Al mismo tiempo la esencia de la doctrina cristiana respecto al pecado original se en-cuentra en el texto paulino, que sirve como interpretación del libro del Géne-sis. Sobre este texto Benedicto XVI comenta:

> San Pablo recorre la historia de la salvación desde Adán hasta la Ley y desde ésta hasta Cristo. En el centro de la escena no se encuentra Adán, con las consecuencias del pecado sobre la humanidad, sino Jesucristo y la gracia que, mediante él, ha sido derramada abundantemente sobre la hu-manidad. La repetición del «mucho más» referido a Cristo subraya cómo el don recibido en él sobrepasa con mucho al pecado de Adán y sus con-secuencias sobre la humanidad, hasta el punto de que san Pablo puede llegar a la conclusión: «Pero donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm 5,20)[5].

En efecto, quien hace comprender el pecado original es Cristo, no Adán, pues Cristo es la luz y Adán representa las tinieblas. Para hablar del pecado hay que considerar la gracia. Así de nuevo Benedicto:

> Si no hubiera sido para demostrar la centralidad de la gracia, él [Pablo] no se habría entretenido en hablar del pecado que «a causa de un

[4] BENEDICTO XVI, *Ángelus* 8-XII-2008. [5] BENEDICTO XVI, *Discurso* 3-XII-2008.

> solo hombre entró en el mundo y, con el pecado, la muerte» (Rm 5,12). Por eso, si en la fe de la Iglesia ha madurado la conciencia del dogma del pecado original, es porque éste está inseparablemente vinculado a otro dogma, el de la salvación y la libertad en Cristo. Como consecuencia, nunca deberíamos tratar sobre el pecado de Adán y de la humanidad separándolos del contexto de la salvación, es decir, sin situarlos en el horizonte de la justificación en Cristo[6].

Esto es precisamente lo que nos proponemos hacer en este estudio. Lo que el papa Benedicto explica coincide con la posición adoptada por san Agus-tín. Cuando critica a Pelagio, el Obispo de Hipona no entra en las cuestiones complejas sobre el origen del mal, sobre el valor de las buenas obras, sobre la existencia de la libertad humana o sobre la imitación de la vida de Adán. Más bien, hace ver que con la doctrina pelagiana Cristo se vuelve superfluo[7]. Si los hombres imitan el buen ejemplo de Cristo en vez del mal ejemplo de Adán, entonces sobra la obra divina y salvífica de Jesucristo. Según el estudioso de san Agustín, A. Trapè.

> Desde la teología de la redención, Agustín deduce la teología del pecado original, y no al revés como se piensa frecuentemente. El pecado original constituye una separación de Dios, porque Cristo nos ha reconciliado con Dios. Todos participan en él, porque Cristo ha redimido a todos. No es sólo una imitación del mal ejemplo de Adán, porque la re-dención no es sólo la imitación del buen ejemplo de Cristo. Dos solida-ridades por lo tanto, de signo opuesto, pero necesariamente conectadas entre sí, con Adán y con Cristo[8].

Se trata de una doctrina ya propuesta por Karl Adam, Gérard Philips y otros[9]. En el *Catecismo de la Iglesia Católica* leemos la siguiente breve fórmula:

---

[6] *Ibíd*.

[7] Cfr. O'Callaghan, P., *Figli di Dio nel mondo*, Roma: EDUSC, 2013, 206-210.

[8] Trapè, A., «S. Agostino», en Institutum Patristicum Augustinianum, *Patrologia, vol. III: Dal Concilio di Nicea (325) al Concilio di Calcedonia (451). I Padri latini*, Casale Monferrato: Marietti, 1978, 409; Id., *S. Agostino. Introduzione alla dottrina della grazia, vol. 1: Natura e grazia*, Roma: Città Nuova, 1987, 140.

[9] En un principio fue K. Adam quien dio esta clave de lectura para comprender a san Agustín, en su breve obra: Adam, K., *Die geistige Entwicklung des hl. Augustinus*, Augsburg: Haas und Grab-herr, 1931, 38. Sobre el paralelo Adán-Cristo, cfr. la obra de Agustín, *De peccato originale II,* y también Philips, G., *L'union personnelle avec le Dieu vivant*, Louvain: Leuven University Press, 1989, 45s.

«Es preciso conocer a Cristo como fuente de la gracia para conocer a Adán como fuente del pecado»[10].

2. «Cristo manifiesta el hombre al propio hombre»

Es bien conocido el texto de *Gaudium et Spes,* n. 22, del Concilio Vaticano II, «Cristo manifiesta el hombre al propio hombre». Desde luego podemos co-nocer muchos aspectos de la naturaleza y de la vida del hombre en base a la re-flexión filosófica y científica. Pero al mismo tiempo hay que tener en cuenta que el hombre perfecto es Jesucristo, el modelo en que Dios se inspiró cuando creó al hombre «a su imagen y semejanza», y lo destinó a ser hijo suyo adoptivo. Por ello, desde el momento de la Encarnación del Verbo divino, no se puede com-prender al hombre en sentido acabado si no es a partir de la contemplación de la vida, muerte y Resurrección del Señor. Insistió especialmente sobre este pun-to el papa Juan Pablo II en su primera encíclica *Redemptor hominis*.

Y nos preguntamos: ¿qué es lo que añade la contemplación de la figura divino-humana de Cristo a nuestro conocimiento filosófico y científico del hombre? En un cierto sentido se puede decir: todo y nada. *Todo*, en el sentido de que es Él, Verbo eterno, quien ha creado todas las cosas, y en primer lugar al hombre; y es Él quien guía la vida del hombre hacia la perfección, quien lle-vará al hombre a su fin último: la gloria eterna, la contemplación de Dios. Él es para el hombre «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Y a la vez no nos dice *nada*, en el sentido de que el hombre es capaz de conocerse a sí mismo, por lo menos hasta un cierto punto, en su origen, en su desarrollo y en su fin. La luz que proviene de Cristo baña completamente, sin eliminarlos, los datos sobre el hombre ya disponibles a partir de las ciencias y la filosofía. No los elimina, no los modifica... quizá se puede decir que los sitúa, los pone en su lugar, en el lugar correspondiente. Jesucristo manifiesta el valor preciso y el alcance último de la libertad humana, de la historicidad, del carácter social del hombre, de la creación como don, de la inmortalidad, etc.[11]

> Cuando se dice que Cristo «manifiesta el hombre al hombre», no se trata de un conocimiento más, verificable desde la ciencia y la filosofía, hecho fácilmente disponible al intelecto humano, conocimiento que se

[10] CEC n. 388.
[11] Cfr. O'Callaghan, P., *Figli di Dio nel mondo*, 90-115.

> añade a otros conocimientos... Lo que Cristo reveló sobre el estado del hombre y sobre el camino de la vida cristiana tiene principalmente un pa-pel de confrontar, reintegrar y re-calibrar los conocimientos derivados de otros medios, juntando los diversos elementos de la ciencia, de la filoso-fía, de la reflexión espontánea y de la experiencia espiritual... En efecto, Cristo, el Logos encarnado, es Quien ofrece una inteligibilidad unitaria y armónica sobre todo lo que existe, y especialmente sobre el hombre[12].

Y ¿en qué modo se aplica esta luz que proviene de la vida de Cristo a la cuestión del mal y del pecado?

3. El estado de justicia original a la luz de la salvación

La Iglesia enseña que el punto de partida para comprender el pecado original se encuentra en la afirmación de la existencia de un estado de justicia y santidad de la que gozaban nuestros primeros padres al principio de la exis-tencia de la humanidad. Creados a imagen y semejanza del Creador, los pri-meros hombres, «Adán y Eva», vivían en una situación de amistad y santidad con Dios. En su catequesis sobre el pecado original Juan Pablo II dijo:

> A la luz de la Biblia, el estado del hombre antes del pecado se presentaba como *una condición de perfección original*, expresada, en cierto modo, en la imagen del «paraíso» que nos ofrece el Génesis. Si nos preguntamos cuál era la fuente de dicha perfección, la respuesta es que ésta se hallaba sobre todo en la amistad con Dios[13].

En este estado el hombre vivía en amistad con Dios, no sufría, era físicamente íntegro, y dominaba fácilmente las demás cosas creadas, que no podían infligirle daño. En este estado, el hombre estaba destinado a la inmortalidad; como decía Agustín «podía no morir» *(posse non mori),* aunque después, por culpa del pecado, murió... por ello, añade Agustín, no se puede decir al hom-bre en esta vida lo que aplicamos a Dios, el *non posse mori*[14], el no poder mo-rir. En este estado el hombre «no conocía ni el mal ni la muerte»[15]. Y perdió estos dones a causa del primer pecado.

---

[12] *Ibíd*., 109.
[13] Juan Pablo II, *Audiencia*, 3-IX-1986, n. 5. [14] Agustín, *De Gen. ad litt*., 6,36.
[15] Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 16.

Pero de la existencia de este estado, ¿cómo podemos estar seguros? Desde luego hay indicios en el primer libro de la Biblia. Allí se lee que Dios se interesaba en el hombre, se recreaba en él, buscaba su bien en todo (Gn 2,18; 3,8). Se trata además de una posición que tiene toda una lógica propia[16]. No obstante, a partir de la fe cristiana conocemos este estado también por el simple hecho de que Cristo nos lo restituyó, perdonando el pecado, entregándonos la amistad con su Padre, donándonos la filiación divina adoptiva, permitiéndonos alcanzar el cielo y la inmortalidad defini-tiva. Es decir, conocemos lo que perdimos en buena parte viendo lo que nos fue restituido. Según la Escritura, esa amistad no es algo exigible, sino puro don de Dios. Además la «justificación» de la que habla el Nuevo Tes-tamento no se puede considerar como una mera elevación del hombre, do-nada, gratuita... se trata de un don «doblemente-gratuito», porque parte no de un estado neutro, sino del pecado, es decir, porque lleva consigo el perdón de la ofensa[17]. Si no hubiese habido un estado de justicia y santi-dad al inicio de la existencia humana, no tendría sentido ni peso hablar de Cristo como nuestro *Salvador*. Si es el Salvador, lo es necesariamente del hombre pecador, del hombre caído de un estado de unión con Dios. Por esto san Pablo dice que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm 5,20).

[16] Dice Giuseppe Colombo que la existencia del estado de justicia original «è una tesi irrinuncia-bile, non solo sotto il profilo dogmatico... ma anche sotto quello teoretico. Infatti sotto il profi-lo teoretico, l'abbandono della teologia dello stato originario spingerebbe la teologia in un'apo-ria a nostro giudizio intollerabile, cioè all'affermazione di una condizione umana nella quale l'uomo esiste, ma senza trovarsi "situato" rispetto a Dio: è infatti evidente che l'abbandono della teologia dello stato originario riduce l'uomo in uno stato di "neutralità" rispetto a Dio, dal qua-le esce grazie alla propria opzione personale. Ora, di fronte a questa ipotesi, noi abbiamo due difficoltà gravi: ci sembra contraddittoria l'affermazione di un'esistenza *umana* antecedente alla determinazione del rapporto etico-spirituale con Dio; inoltre ci sembra che la visione conse-guente a questo principio vada nel senso opposto a quella insegnata dalla rivelazione, cioè as-segni fatalmente una priorità all'uomo nella determinazione del rapporto con Dio; cioè sia in sostanza una visione pelagiana. Sotto questo profilo, la teologia dello stato originario, natural-mente "aggiornata" secondo le esigenze critiche ma eventualmente integrate dalla riflessione teologica, ci sembra la condizione necessaria e irrinunciabile per salvaguardare il senso della ri-velazione cristiana e con essa il senso stesso dell'uomo». Colombo, G., «Creazione», en Bar-baglio, G. y Dianich, S. (a cura di), *Nuovo Dizionario di Teologia*, Cinisello Balsamo: Paoline, 1988, 206.

[17] Así el Concilio de Trento define la justificación: «el paso de aquel estado en que el hombre nace hijo del primer Adán, al estado de gracia y *de adopción de hijos de Dios* por el segundo Adán, Jesu-cristo Salvador nuestro», DS 1524.

4. La prueba y caída del hombre

La Escritura nos habla también de la prueba a la que fue sometido el hombre primordial. «El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo cuidara. Y le dio esta orden: "Puedes comer de todos los árboles que hay en el jardín, exceptuando únicamente el árbol del conocimiento del bien y del mal. De él no deberás comer, porque el día que lo hagas quedarás sujeto a la muerte"» (Gn 2,15-17). También nos habla del pecado en que cayó el hombre (Gn 3). Además se hace ver que esta caída tuvo consecuencias nefastas imponentes sobre la vida del hombre: la pérdida de la amistad con Dios y la consiguiente culpa; el conflicto entre los mismos hom-bres; la introducción de la muerte y del sufrimiento en el mundo; una cierta esclavitud al demonio, por cuya instigación el hombre pecó; el daño hecho al hombre entero, alma y cuerpo, intelecto y voluntad; y en fin una inclinación habitual al pecado, llamada concupiscencia[18].

Los indicios bíblicos son claros al respecto. Pero a partir de la contemplación de Cristo nuestro Salvador, ¿qué podemos decir sobre estos elementos del misterio del pecado original? ¿Qué puede decir la luz a las tinieblas? ¿Cuál es el perfil preciso de la primera caída a la luz de la obra de la Redención?

En lo que se refiere a la prueba, está claro que Jesús, el nuevo Adán, fue probado duramente y durante mucho tiempo. Lo fue en el desierto por el demonio que intentaba distraerlo de la misión que su Padre le había encomenda-do (Mt 4,1-11), induciéndolo a obrar en un modo más espectacular, más «efi-caz», más «fácil», más llamativo... Lo fue por los hombres que buscaban «un signo» (Mt 12,38-42)[19], lo fue por la incomprensión e ignorancia de los que le escuchaban, lo fue por la falta de fe de tantos (Mt 6,30), ante la que suspiró profundamente (Mc 8,12). Pero lo fue sobre todo por su pasión y muerte: «Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz; pero que no sea tal como yo quiero, sino como quieres tú» (Mt 26,39). Y Cristo venció esta prueba, esta «tenta-ción» con una sufrida y extendida perseverancia, filialmente unido a su Padre, con una obediencia que le costó, literalmente, la vida. En efecto, si hubiera ba-jado de la Cruz con las propias fuerzas, como le fue sugerido (Mt 27,39), ha-

[18] Sobre estos temas en la Sagrada Escritura y en la enseñanza de la Iglesia, cfr. O'Callaghan, P., *La metafisica cristiana. Teologia della creazione*, Roma: Pontificia Università della Santa Croce, 1998, 253-259.

[19] Sobre el sentido de la petición de un signo, cfr. O'Callaghan, P., *The Christological Assimilation of the Apocalypse*, Dublin: Four Courts Press, 2004, 206-209.

bría vencido a sus enemigos que lo habían colgado allí, habría evitado la muer-te, y –si es posible fiarse de la palabra dada por los príncipes de los sacerdotes (Mt 27,42)– habría conseguido la conversión de todos. Pero no lo hizo... obe-deció al Padre por amor a los hombres, sorbió la última gota del cáliz.

El libro del Génesis nos recuerda claramente que Adán pecó por desobediencia, porque precipitadamente, sin pensarlo dos veces, desobedeció el amable y paterno mandato de Dios. Y la obediencia del nuevo Adán tuvo la función de deshacer la desobediencia del viejo Adán. «Pues como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores», leemos en la carta a los Romanos, «así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos» (Rm 5,19). Deshizo la desobediencia de Adán, y al mismo tiempo reveló su transgresión precisamente como desobediencia, falta de sumisión filial al Dios que lo había creado.

5. La historicidad y carácter concreto del pecado original

Otra consecuencia de esta reflexión es que el pecado original cometido por nuestros primeros padres fue un evento, histórico y real. No se trata de una mera descripción mítica (aunque los textos del Génesis emplean muchos elementos que proceden de la mitología clásica); no se trata de una expresión gráfica de la «inmadurez cósmica», de la primitiva pobreza del hombre y del cosmos[20]. Juan Pablo II decía: «La *prueba* primordial se dirige, por tanto, *a la voluntad libre del hombre*, a su libertad»[21]. Por ello, «se trata de un aconteci-miento primordial, es decir, *de un hecho*, que, de acuerdo con la Revelación, aconteció *en los comienzos de la historia del hombre*»[22].

La carta a los Romanos nos presenta un claro paralelo entre la desobediencia de Adán y la obediencia de Cristo: «por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos» (Rm 5,19). Ante el evento históricamente verificable de la Redención, vivida como acto completamente libre por Jesucristo (Jn 10,17), se presenta el evento del pecado original, cometido como acto plenamente libre, y por ende histórico. Así como la muerte de Cristo en la Cruz no es fruto de un dinamismo opresor impersonal, sino de un acto de

[20] Cfr. O'Callaghan, P., *La metafisica cristiana*, 250-253. [21] Juan Pablo II, *Audiencia* 3-IX-1986, n. 7.
[22] Juan Pablo II, *Audiencia* 10-IX-1986, n. 1.

amor completamente libre, de un modo semejante, el pecado original no de-riva de una anónima fuerza impersonal que presiona sobre el hombre y lo oprime, sino de un acto libre y responsable... aunque se trate de una libertad y de una responsabilidad humanas limitadas, pues el hombre, a pesar de sus vanas ilusiones, no es un ser divino, es «Adamah», es decir «sacado de la tie-rra», está hecho de carne y hueso.

La carta a los Romanos insiste repetidas veces sobre el paralelo entre Adán que es «uno solo», y Cristo, Jesús de Nazaret, que es «uno solo» (Rm 5,12.15.16.17.18.19). El texto sagrado señala por lo tanto un fuerte paralelo en-tre Adán (con Eva) y Cristo. Aunque la comprensión del binomio «Adán y Eva» requiere una hermenéutica particular, no se puede negar, a la luz de la obra re-dentora de Cristo, que el pecado original fuese cometido por personas humanas.

6. El estado del hombre caído

Como vimos anteriormente, son seis los elementos que, según la refle-xión bíblica y la enseñanza de la Iglesia, constituyen el estado del hombre caído: 1) la pérdida de la amistad con Dios y la consiguiente culpa; 2) la con-flictualidad entre los mismos hombres; 3) la introducción de la muerte y del sufrimiento en el mundo; 4) una cierta esclavitud al demonio, por cuya insti-gación el hombre pecó; 5) el daño hecho al hombre entero, alma y cuerpo, in-telecto y voluntad; y en fin, 6) una inclinación habitual al pecado, llamada con-cupiscencia. Veamos estos elementos uno por uno.

1. A partir del pecado original de nuestros primeros padres, nos explica la Escritura, el hombre se hizo enemigo de Dios, como ya hemos visto, aun-que éste le prometió eventualmente la salvación (Gn 3,15).

2. Además, con la ofensa a Dios se introdujo en seguida el conflicto en-tre los hombres: Adán y Eva se presentan en Gn 3 acusándose mutuamente; Caín y Abel se pelearon a muerte; desde aquel momento se abrió una amplia espiral de violencia y odio entre los hombres, bien documentado a lo largo de todo el Antiguo Testamento.

3. La Escritura también nos enseña que la muerte se introdujo en el mundo a causa del pecado (Gn 3,17.19; Sb 1,13s; 2,23s; Rm 5,12; 6,23; Sant 1,15)[23]. La vida del hombre, que Dios había destinado a la inmortalidad, que-

[23] Cfr. O'Callaghan, P., *Cristo, speranza per l'umanità. Un trattato di escatologia cristiana*, Roma: EDUSC, 2012, 309-346.

dó truncada, bajo el dominio de la temporalidad. A partir del pecado el hom-bre se dirige inevitablemente hacia la muerte; es destinado a volver al polvo que fue su origen.

Pero a la luz de las palabras y obras de Cristo, de su muerte y Resurrección, ¿cómo podemos comprender la situación primitiva del hombre y lo que perdió con el pecado? El hecho es que Cristo nos redimió, estableció de nuevo nuestra amistad con Dios, no triunfando vistosamente sobre todos los obstáculos, sino humildemente muriendo en la Cruz. Siendo Dios mismo, omnipotente e in-mortal, se identificó voluntariamente, por amor, con la muerte, que, aun no siendo pecado, era la consecuencia del pecado. Para superar la muerte, Cristo se hizo mortal; pero para superar la enemistad del hombre con Dios, Cristo no se hizo enemigo de Él... aunque a los ojos de los hombres el que moría en la Cruz no podía ser amigo de Dios: «Cristo nos rescató de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros, pues está escrito: "Maldito todo el que esté colgado de un madero"» (Ga 3,13; cfr. Dt 21,23). Es más: Cristo demostró su amor al Padre y a las personas, «maltratadas y abatidas como ovejas que no tie-nen pastor» (Mt 9,36), entregando el gran don de la vida humana que Dios le había dado, aceptando morir en la Cruz. Se identificó por amor con lo que más repugna la naturaleza humana, es decir, la muerte. De este modo, misteriosa-mente, *reconcilió* la humanidad con el Padre. San Pablo escribe: «Y todo [el amor de Cristo, su muerte en Cruz, la salvación] proviene de Dios, que nos reconci-lió consigo por medio de Cristo y nos confirió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo, sin imputarle sus delitos, y puso en nosotros la palabra de reconciliación» (2 Co 5,18s).

El efecto del pecado original, como todo pecado, es la separación, la dis-gregación. El hombre que pecó quedó separado de Dios (enemistad), de los demás (conflicto entre los hombres) y de sí mismo (muerte). Y Cristo no sólo reconstituyó lo que Adán había arruinado, sino que también *reveló* lo que ha-bía sido destruido. En su unión inquebrantable con el Padre manifestó el des-tino del hombre a la comunión con la Trinidad, y la impropiedad (o carácter pecaminoso) de la separación de Él. Amando a los hombres y entregándose por ellos, hasta perder su propia vida (Mc 8,35-37), superó la lógica perversa de la enemistad entre los hombres, o por lo menos hizo entrar en el mundo una corriente divina de amor y de perdón que hará posible, con el pasar del tiempo, la definitiva comunión entre los hombres. Además, muriendo sobre la Cruz por obediencia, reconoció que la vida era enteramente don del Padre, que no está sujeta a la arbitraria disposición del hombre; y con la Resurrección

restituyó al hombre el don de la inmortalidad, dándole la gracia de la vida eterna, y prometiéndole la resurrección final de los muertos. Así, la muerte de Cristo en la Cruz seguida por la Resurrección «manifiesta el hombre al mis-mo hombre», como una luz que se proyecta sobre la oscuridad primitiva del pecado, revelándolo como lejanía personal de Dios, como decadencia de las relaciones entre los hombres, como destrucción de la misma vida humana.

4. La Sagrada Escritura presenta el pecado del hombre como fruto de la instigación de un ser espiritual, pervertido y pervertidor, Satanás, el diablo[24]. El hombre que peca de algún modo queda esclavizado a él como fruto del pe-cado. Desde luego no se trata de una esclavitud real, nativa, de propiedad. Pero está claro que el hombre, renunciando libremente a someterse a Dios, cayó de algún modo bajo el dominio del demonio. Quedó esclavizado, no en-teramente, pues retuvo su capacidad de actuar libre y responsablemente, pero sí en un modo real. El demonio no le domina, pero le tienta fácilmente, lo in-duce al pecado, a alejarse cada vez más de Dios. Es el adversario no sólo de Dios sino también del hombre.

De todas formas, nuestro conocimiento de la naturaleza y de la actividad del demonio «y de sus ángeles» (Mt 25,41) no deriva tanto de los indicios que nos ofrece el Antiguo Testamento, ni de la reflexión humana sobre el misterio del mal, sino sobre todo de las palabras, de la vida, de los milagros de Jesucris-to. Y esto por una razón sencilla: Jesús fue el adversario implacable y definiti-vo de Satanás y vino al mundo para derrotarlo definitivamente. En efecto, a lo largo del Nuevo Testamento vemos que la vida del Señor, en especial el mo-mento culminante de la Cruz, constituye una lucha sin tregua con el demonio y una victoria definitiva sobre él. Aunque Satanás sea el «príncipe de este mun-do» (Jn 16,11), por el poder de Jesús es echado fuera (Jn 12,31), y con su caída se hace presente el Reino de Dios (Mt 12,28). El texto más denso sobre la obra del demonio, que Jesús derrota, se encuentra en el evangelio de san Juan.

> «¿Por qué no entendéis mi lenguaje?», dice Jesús a los judíos. «Por-que no podéis oír mi palabra. Vosotros tenéis por padre al diablo y que-réis cumplir las apetencias de vuestro padre; él era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla la mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso y el pa-dre de la mentira» (Jn 8,43s).

[24] Cfr. O'Callaghan, P., *La metafisica cristiana*, 277-288.

Jesús ofrece una descripción muy sugerente del estilo de obrar de quien indujo al hombre hacia el pecado: ese obrar es habitualmente de tipo homici-da y mentiroso. Su obra era la de destrozar, por medio de la soberbia, la vida y la verdad. Y Cristo a su vez era no sólo el camino, la vía, sino también la ver-dad y la vida (Jn 14,6).

En efecto, el demonio no sólo hizo entrar la muerte en el mundo, sino que participó de algún modo en la muerte de Cristo mismo. Algunos padres de la Iglesia consideran que el pecado del demonio, que luego intentó conta-giar a los hombres, fue precisamente el de rechazar al Cristo, al Verbo que vi-vía en carne humana. Concretamente san Ireneo habla del pecado del demo-nio diciendo que tiene origen en su envidia hacia la obra de la creación y hacia el hombre[25]. Por esta misma razón se entiende la enemistad entre la Virgen María y el demonio, precisamente porque ella ha hecho posible la en-carnación, dando carne humana al Hijo de Dios. «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo. Él te aplastará la cabeza y tú le acecharás el talón» (Gn 3,15).

Lo que se dice del afán homicida del demonio se le puede aplicar también como padre de la mentira. Juan Pablo II en una de sus catequesis escribió:

> *Rechazando la verdad* conocida sobre Dios con un acto de la propia libre voluntad, Satanás se convierte en «mentiroso cósmico» y «padre de la mentira» (Jn 8,44). Por esto vive la radical e irreversible negación de Dios y *trata de imponer* a la creación, a los otros seres creados a ima-gen de Dios, y en particular a los hombres, su trágica «mentira sobre el Bien» que es Dios. En el libro del Génesis encontramos una descripción precisa de esa mentira y falsificación de la verdad sobre Dios, que Sata-nás (bajo la forma de serpiente) intenta transmitir a los primeros repre-sentantes del género humano: Dios sería celoso de sus prerrogativas e impondría por ello limitaciones al hombre (cfr. Gn 3,5)[26].

Cristo, arrancándonos de la esclavitud al demonio, revela la condición del hombre como un ser fácilmente inclinado a la mentira y a la violencia (que lleva siempre, más o menos directamente, a la muerte), y necesitado de él como camino, verdad y vida (Jn 4,16). Al mismo tiempo el hecho que el hom-bre logre con la ayuda de la gracia de Cristo superar esta «esclavitud» mues-

[25] Cfr. Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses* VI 11,3. [26] Juan Pablo II, *Audiencia* 13-VIII-1986, n. 5.

tra que no se trata de un dominio nativo, sino del resultado de una voluntad desorientada y desgajada de su verdadero norte (Dios).

5. y 6. Según la doctrina común de la Iglesia, el primer pecado dañó al hombre todo entero, en cuerpo y alma, intelecto y voluntad. Juan Pablo habla así:

> Este deterioro consiste en la *ofuscación* de la capacidad del *intelecto* para conocer la verdad y en el *debilitamiento del libre albedrío*, que se ha de-bilitado ante los atractivos de los bienes sensibles y sobre todo se ha expuesto a las falsas imágenes de los bienes elaboradas por la razón bajo el influjo de las pasiones. Pero según las enseñanzas de la Iglesia, se tra-ta de un deterioro *relativo, no absoluto*, no intrínseco a las facultades hu-manas. Pues el hombre, después del pecado original, puede conocer con la inteligencia las fundamentales verdades naturales, también las religio-sas y los principios morales. Puede también hacer buenas obras[27].

Al mismo tiempo el pecado original dejó en el hombre una inclinación profunda hacia el pecado, llamada concupiscencia, o *fomes peccati,* que no se su-pera fácilmente. Al mismo tiempo, tomando las distancias de la doctrina lute-rana, el Concilio de Trento enseñó que la concupiscencia no es pecado, pero «del pecado nace y al pecado induce»[28].

Desde luego Cristo sana este daño y tendencia pecaminosa, gradualmen-te, con la gracia, la doctrina y la promesa de la resurrección futura. Pero ade-más, la vida, obras y palabras del Señor revelan al hombre como un ser daña-do, que necesita de paciencia, explicaciones repetidas, y sobre todo de mucha caridad, afecto y comprensión. Jesús no forzaba urgentemente la conversión de las personas, pues sabía que el corazón humano está herido y necesita de tiempo y espacio para superar sus debilidades. Así, el modo de obrar de Cris-to manifiesta la naturaleza y la dinámica complejas de las heridas infligidas al hombre por el pecado de origen, al mismo tiempo que las cura.

7. La transmisión del pecado original a la luz de Cristo

Probablemente el aspecto más problemático y difícil de explicar de la doctrina del pecado original es el de su *transmisión* a toda la humanidad. Que los primeros hombres hayan pecado no sorprende demasiado. Pero en princi-

[27] Juan Pablo II, *Audiencia* 8-X-1986, n. 7. [28] DS 1515.

pio la culpa de cada uno, fruto de su libre actuar, le pertenece solamente a él. ¿En qué sentido entonces se puede decir que el mismo pecado original come-tido por nuestros primeros padres haya sido *transmitido* a toda la humanidad, es decir por el simple hecho de pertenecer a la raza humana?

Es cierto que el Concilio de Trento enseña que el pecado original se comunica *propagatione non imitatione* («por propagación, o generación, y no por imitación») y al mismo tiempo *inest unicuique proprium*, «está en cada uno como algo propio»[29]. Juan Pablo II en su catequesis habla de «una auténtica *"invasión" del pecado*, que inunda el mundo, como consecuencia del pecado de Adán, contagiando con una especie de infección universal a la humanidad en-tera»[30]. Y observa que:

> La cultura moderna manifiesta serias reservas sobre todo frente al pecado original en este sentido. No logra admitir la idea de un pecado *hereditario*, es decir, vinculado a la decisión de uno que es «cabeza de una estirpe» y no con la del sujeto interesado. Considera que una concepción así contrasta con la visión personalista del hombre y con las exigencias que se derivan del pleno respeto a su subjetividad[31].

De todas formas, la doctrina de la transmisión está radicada en el texto central de Rm 5,12: «Por tanto, así como por medio de un solo hombre entró el pecado en el mundo, y a través del pecado la muerte, y de esta forma la muerte, llegó a todos los hombres, porque todos pecaron». Junto con la muer-te el pecado se propagó entre los hombres, y no sólo a algunos que lo hayan acogido libremente, sino –dice el texto– *por todos*, palabra que se repite fre-cuentemente en este texto (vv. 15, 18, 19). Y de nuevo: «Pues como por la de-sobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores» (Rm 5,19). Según el texto, los hombres infectados por el pecado original no peca-ron personalmente, como si se hubiesen dejado seducir por una tentación, sino que fueron *constituidos* pecadores a partir de la desobediencia de un solo hombre, Adán. ¿Cómo se comprende esto?

Son muchas las explicaciones que se dan para explicar esta doctrina[32]. Ter-tuliano y otros hablaron de la transmisión de una naturaleza humana corrom-

[29] DS 1513.
[30] Juan Pablo II, *Audiencia* 17-IX-1986, n. 1. [31] Juan Pablo II, *Audiencia* 24-IX-1986, n. 5.
[32] O'Callaghan, P., *La metafisica cristiana*, 272s.

pida comunicada de una generación a otra (traducianismo). Se trataba desde luego de una posición problemática desde el punto de vista antropológico.

Muy influyente ha sido la explicación, promovida por Pelagio y otros, de la transmisión del pecado original «por imitación», es decir por contagio hu-mano... Es la posición contra la que luchó Agustín con más firmeza, aunque hay que admitir que la explicación es atractiva y moderna. Eva «transmite» el pecado a Adán por medio de su palabra engañadora y su mal ejemplo. Ellos a su vez lo «transmiten» a Caín que mata a su hermano Abel. La clave de la transmisión entonces sería el mal ejemplo de los hombres, así diría Pelagio, un ejemplo desplazado por el buen ejemplo de Cristo. El problema fundamental de esta posición está en la palabra «todos»... si todos pecan por imitación del mal ejemplo de Adán y de los demás hombres, esto quiere decir que la natu-raleza humana está ya de algún modo pervertida, ya constituida para aceptar la primera tentación o mal ejemplo que llegue. Si «todos» pecan, quiere decir que existe anteriormente una realidad de culpa en el alma de cada uno que se personaliza y se concretiza con la aceptación de la tentación. Por ello la idea de imitación puede ofrecer sólo una explicación parcial, complementaria a otras que van más a la raíz de la cuestión. En efecto, la imitación no puede ser la explicación última del contagio del pecado de los orígenes.

Pedro Abelardo y otros autores medievales hablaron de la transmisión de un castigo divino, y no de la culpa. Se trata de una posición problemática por-que sería injusto de parte de Dios castigar a un hombre inocente, sin culpa[33]. Otros, en particular Lutero, hablaron de la transmisión de la concupiscencia (identificada con el pecado), como radical debilidad del alma, con que se trans-mite una naturaleza humana corrompida.

Más recientemente se habla de una comprensión sociológica de la trans-misión, en el sentido que el pecado original se identifica con lo que se puede llamar el «pecado del mundo», una fuerza pecaminosa profundamente radica-da en las mismas estructuras de la sociedad. Los «pecados estructurales» exis-ten, qué duda cabe, pero su presencia no explica de dónde tiene origen la fuer-za maléfica presente en la vida de los hombres. Habría que recurrir a una visión dualista o gnóstica para encontrar, quizás en la materia, la fuerza es-condida del mal que el hombre experimenta. Pero en un mundo creado ente-ramente bueno por un Dios omnipotente las raíces del mal hay que buscarlas

[33] Cfr. DS 728; véase PEDRO ABELARDO, *Ethica* 3.

en la voluntad creada torcida. Y hay que preguntar: ¿por qué esa culpa, ese pecado se ha empadronado en el corazón humano?

Cuando santo Tomás de Aquino quiere explicar la comunicación de la gracia redentora de Cristo a los hombres en pecado, lo explica del modo si-guiente, que se ha hecho clásico.

> «El pecado original en Adán, que es pecado de naturaleza, se deri-va del pecado actual del mismo Adán; se trata de un pecado personal por-que con él la persona corrompe la naturaleza. Mediante esta corrupción, el pecado del primer hombre se transmite *(derivatur)* a los que vienen después, en cuanto que la naturaleza corrompida corrompe la persona. Pero la gracia no deriva de Cristo hacia nosotros por medio de la natu-raleza humana, sino solamente por la acción personal del mismo Cristo. Por esta razón no hay que distinguir en Cristo una doble gracia, una que corresponde a la naturaleza, y la otra a la persona, al mismo modo que en Adán se distingue entre el pecado de la naturaleza y de la persona»[34].

Santo Tomás distingue entre el pecado personal, fruto de un *acto pecaminoso*, y el pecado de naturaleza, que es cometido por Adán y comunicado como corrupción de la naturaleza a los demás hombres, es decir como *estado pecaminoso*. Y nos preguntamos: ¿cómo se puede transmitir un «estado de culpa» tal a todos los hombres? ¿En qué consiste la solidaridad humana que hace posi-ble esta transmisión? Lo que es interesante en el texto del Aquinate es el con-traste entre el modo «pasivo», impersonal, con que se comunica la naturaleza corrompida a todos los hombres, a partir de Adán, como cabeza de la raza humana, y el modo «activo» con que Cristo comunica la gracia personalmente a cada uno. Una vez cometido el pecado se comunica a los hombres necesariamente, a pesar de Adán, pues ya no es la cabeza de la estirpe. Desde ese momento el divino Salvador Jesucristo debe reconstituir la unidad perdida.

A la luz de Cristo que redime la humanidad quizá se puede explicar el misterio de la transmisión en el siguiente modo. Adán fue designado por Dios como cabeza de la humanidad. En él, a partir de él y a través de él, Dios que-ría comunicar sus bienes a las criaturas humanas... bienes naturales y bienes sobrenaturales. Adán en este sentido no era una pieza aislada, un individuo cerrado en sí, sino depositario de los bienes divinos destinados a la humanidad

[34] TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* III, q. 8, a. 5, ad. 1.

entera, el primer hombre, cabeza de la humanidad, un ser esencialmente en relación con los que le debían seguir en el tiempo y en el espacio. Con su pe-cado personal perdió los dones divinos –de gracia ciertamente, y de naturale-za hasta un cierto punto– para sí mismo y para toda la humanidad. Y concre-tamente dejó de ser la cabeza de la humanidad; ya no era quien daba unidad a los hombres. Por esto a partir de su pecado, se rompieron las relaciones no sólo entre el hombre y Dios, sino también las relaciones entre los hombres mismos y las relaciones interiores que constituyen el hombre mismo. El peca-do de Adán rompe la solidaridad y comunión de la raza humana bajo Dios.

¿Y cómo se justifica esta explicación? Porque, como hemos visto, la obra redentora del Verbo encarnado –labor divina, labor sobre el hombre– fue la de *reconstituir* la unidad de la raza humana, de los hombres con Dios y bajo Dios, de los hombres entre sí, del individuo mismo: fue labor de *reconciliación*. Y lo hace Cristo personalmente –«con la acción personal del mismo Cristo», dice Tomás– con un actuar artesano, hecho persona por persona, pieza por pieza. Sólo Dios lo puede llevar a cabo, un Dios encarnado, un Espíritu cercano a todas las criaturas.

Por esto, podemos decir que el pecado original en cuanto transmitido a la humanidad *(peccatum originale originatum)* no consiste en una realidad ma-léfica positiva, sino en la *falta* de una realidad (la comunión con Dios, con los demás, consigo mismo) que debía haber sido transmitida a la humanidad, una ruptura de relaciones, o como decían los medievales, en *la privación de la justi-cia original*[35]. El Cristo, nuevo y eterno Adán que une, nos revela y se opone al viejo Adán que disgrega. Cristo re-establece la solidaridad que los primeros padres destrozaron. En este sentido casi se podría decir que la esencia de la transmisión del pecado original está en la *falta* de transmisión... o mejor, en la interrupción de transmisión de los dones de gracia que Dios quiso desde siempre comunicar a los hombres.

Aquí se da una paradoja. Una cierta visión individualista del hombre –basada en un planteamiento exagerado y legalista de la responsabilidad hu-mana– hace que no se aprecie el valor y el realismo del hecho de la solidari-dad humana. Se admite sólo la existencia de una solidaridad biológica, más allá de la cual sólo existe una multiplicidad de sujetos –de «yoes»– incomunicables, separados, atómicos, autónomos, que establecen libremente, en modo con-

[35] Cfr. LOTTIN, O., «Les théories du péché originel au XIIème siècle», *Recherches de théologie ancienne et médiévales* 12 (1940) 78-103 y 13 (1941) 236-271.

tractual, relaciones con otros individuos... Y aquí está la paradoja: la misma falta de sentido de solidaridad –que en principio parece excluir toda posibili-dad de transmisión del pecado original– es manifestación y prueba importan-te del mismo pecado original en cuanto transmitido a cada uno. No nos debe sorprender, por lo tanto, que la profunda *solidaridad real* entre los hombres que hace posible la transmisión del pecado original se refleje en una falta de *senti-do de la solidaridad* entre los hombres. Dicho en otras palabras, el pecado ori-ginal ofusca la mente humana y el sentido de aquella solidaridad que hace po-sible su transmisión.

8. Conclusión

Hemos intentado comprobar la validez de la intuición presente en el co-nocido texto de Agustín Trapè: «Desde la teología de la redención Agustín de-duce la teología del pecado original, y no al revés como se piensa frecuente-mente. El pecado original constituye una separación de Dios, porque Cristo nos ha reconciliado con Dios. Todos participan en él, porque Cristo ha redi-mido a todos. No es sólo una imitación del mal ejemplo de Adán, porque la redención no es sólo la imitación del buen ejemplo de Cristo. Dos solidarida-des por lo tanto, de signo opuesto, pero necesariamente conectadas entre sí, con Adán y con Cristo». Hemos visto que a la luz que emana de las palabras, obras, milagros, vida, muerte y Resurrección de Cristo podemos comprender hasta un cierto punto el misterio oscuro del pecado original: la prueba y la caí-da, los efectos en los primeros hombres y en el resto de la humanidad, la trans-misión. Y lo que a muchos les parece algo obvio –la existencia deletérea del pecado original– queda confirmado teológicamente, o mejor, cristológica-mente.

Bibliografía

ADAM, K., *Die geistige Entwicklung des hl. Augustinus*, Augsburg: Haas und Grabherr, 1931.

CHESTERTON, G. K., *Orthodoxy*, London: The Bodley Head, 1908.

COLOMBO, G., «Creazione», en BARBAGLIO, G. y DIANICH, S. (a cura di), *Nuovo Dizionario di Teologia*, Cinisello Balsamo: Paoline, 1988, 184-210.

HORKHEIMER, M., *La nostalgia del totalmente Altro*, Brescia: Queriniana, 1972.

LOTTIN, O., «Les théories du péché originel au XIIème siècle», *Recherches de théologie ancienne et médiévales* 12 (1940) 78-103 y 13 (1941) 236-271.

O'CALLAGHAN, P., *La metafisica cristiana. Teologia della creazione*, Roma: Ponti-ficia Università della Santa Croce, 1998.

O'CALLAGHAN, P., *The Christological Assimilation of the Apocalypse*, Dublin: Four Courts Press, 2004.

O'CALLAGHAN, P., *Cristo, speranza per l'umanità. Un trattato di escatologia cristiana*, Roma: EDUSC, 2012.

O'CALLAGHAN, P., *Figli di Dio nel mondo*, Roma: EDUSC, 2013.

PHILIPS, G., *L'union personnelle avec le Dieu vivant*, Louvain: Leuven Univer-sity Press, 1989.

TRAPÈ, A., «S. Agostino», en INSTITUTUM PATRISTICUM AUGUSTINIANUM, *Patrologia, vol. III: Dal Concilio di Nicea (325) al Concilio di Calcedonia (451). I Padri latini*, Casale Monferrato: Marietti, 1978, 325-434.

TRAPÈ, A., *S. Agostino. Introduzione alla dottrina della grazia, vol. 1: Natura e grazia*, Roma: Città Nuova, 1987.